

Seattle

He estado en Seattle solo una vez, hace mucho tiempo. Era la época en la que aún pensaba que sería escritora, los tiempos en los que llevaba personajes en la cabeza e historias en los dedos. Había ido a Seattle por una razón estúpida: conocer la ciudad de la película *Sleepless in Seattle*, mal traducida en España como *Algo para recordar*, que cuenta la historia de un hombre viudo que no puede dormir (*sleepless* significa «insomne») y por una serie de circunstancias acaba hablando de sus sentimientos por la radio, y de cómo una mujer, a muchos kilómetros de él, se enamora de su voz y de sus palabras. Es una ñoñería impresionante, con unos jovencísimos Tom Hanks y Meg Ryan como protagonistas y unas preciosas vistas del lago Union como telón de fondo de la historia.

Cuando llegué a Seattle no vi ni rastro del lago, tan solo una terrible calle empinada con cuatro carriles para los coches, perpendicular a otra calle con otros cuatro carriles, y un Starbucks medio vacío al otro lado de un paso de cebra cerrado a los peatones por la mano roja de un semáforo. Siguiendo mi mapa subí la calle cuesta arriba, alejándome sin saberlo de mi deseado lago, hasta el hostel en el que iba a dormir las primeras noches. Era un antro carísimo con pinta de motel de película americana, perfecto para esconderse de un acosador o cometer un doble asesinato. Me alojé allí unos días mientras buscaba un apartamento para el resto de mi estancia en Seattle, y debo confesar que cada noche, antes de apagar las luces, comprobaba que puertas y ventanas estuviesen bien cerradas.

He mentido un poco al decir que fui a Seattle por una película. En realidad fui por trabajo, pero esto es menos interesante. Mi jefe, el que por entonces dirigía mi tesis doctoral, me ofreció unos cuantos destinos en los que hacer lo que se llama una estancia de investigación. Al leer «Seattle» en la lista de opciones dejé de mirar el resto de nombres, convencida de que un Tom Hanks de unos treinta años saldría a recibirme nada más bajar del avión y me llevaría a recorrer los secretos de la ciudad de mi película favorita.

Pero no lo hizo. Tom Hanks no vino a recibirme, nadie vino a recibirme. Estaba sola, con mi inglés mediocre y mi mapa impreso en blanco y negro.

Conocí el lago Union al día siguiente. Era precioso, tal como había aprendido a imaginarlo al ver la película. Decenas de casitas lo rodeaban, casitas-barco como la de Tom Hanks. Me podía ver a mí misma mirando aquel lago, escribiendo sobre la vida y la muerte en el porche de mi propia casa flotante. Pero mientras admiraba el paisaje se puso a llover (en Seattle llueve muchísimo) y mis fantasías se empaparon y diluyeron como si fuesen de azúcar.

Aunque estaba en Seattle por trabajo y no por las vistas, así que cada mañana hacía un viaje larguísimo hasta la Universidad de Washington, pasaba unas cuantas (bastantes) horas en un laboratorio haciendo algunas pruebas y luego cogía otro tren de vuelta (y hacía un viaje igual de largo) hasta mi apartamento. Era un trabajo relativamente cómodo, sin estrés, mucho más relajado que el que hacía en mi universidad en España, pero tremendamente aburrido. Mi jefa en Seattle, la doctora Margaret Klein, estaba ya a punto de jubilarse y no había otros estudiantes ni doctores en su laboratorio. Solo estaba yo, sola con un montón de aparatos, con libertad total para hacer lo que me diera la gana, menos molestar a la doc-

tora Klein. Al principio esta situación me pareció ideal, pues había ido a Seattle con temor a encontrarme con un profesor tirano que me usara como rata de laboratorio, pero soy un animal social y pronto empezaron a comerme la tristeza y la soledad. La diferencia horaria entre Seattle y España es de nueve horas, así que no era fácil encontrar ratos para charlar con los de casa. Mi vida allí era monótona y sin emociones. Un día cualquiera transcurría tal que así: llegaba por la mañana al laboratorio, me sentaba en mi mesa, revisaba el correo electrónico y hacía planes para el resto del día. A media mañana aparecía Margaret y me invitaba a acompañarla a la máquina de café. Aunque sabía que lo hacía por compromiso, yo siempre le decía que sí, aprovechando esos minutos junto al *vending* para descargar mi ansia social. Le hablaba a Margaret de mí, de España, de libros y películas, de cualquier cosa, y ella me escuchaba en silencio, perdida en sus propios pensamientos y su propia ansiedad, como supe algo más tarde. Luego ella volvía a encerrarse en su despacho y yo retomaba mis experimentos durante el resto del día. Comía un sándwich de máquina, trabajaba otro rato en el ordenador y volvía a revisar el correo antes de marcharme. Y así día tras día.

Pero a pesar de mi vida aburrida, y especialmente a pesar de la lluvia, Seattle me encantaba. Los grandes rascacielos, el Pike Market, el Space Needle, todo en la ciudad me gustaba. Debo confesar que añoraba las calles pequeñas, los callejones, los recovecos, las callejuelas peatonales, en fin, la estructura típica de un centro urbano europeo; Seattle es una ciudad cuadriculada, moderna, y no hay forma de ver desde un lado de la calle el escaparate de la acera de enfrente. A pesar de esta falta de centro histórico (y de historia), Seattle tenía un encanto especial para mí, por el lago, por Tom Hanks e incluso por la lluvia, que por aquellos días aún me parecía

inspiradora. El campus universitario era también increíble. Con un estilo opuesto al de la ciudad, estaba formado por edificios de aspecto antiguo y noble, rodeados de jardines y bosquecitos. Estar en el campus era como viajar al pasado, o como estar en un cuento, si no fuera por los grupos de estudiantes que te cruzabas charlando por el móvil con sus sudaderas de la UW o las bufandas de los Seahawks, el equipo de fútbol americano de la ciudad. Así, entre estos dos ambientes tan dispares, transcurría mi vida en Seattle. Y me gustaba, sí, me gustaba, a pesar de la soledad y del ritmo agotadoramente constante de los días allí.

Cuando llevaba un mes en Seattle ocurrió algo. Esto quiere decir que, a efectos prácticos, durante los veintinueve días anteriores no había ocurrido absolutamente nada. Lo que pasó el día treinta es que Margaret no vino a trabajar, ni ese día ni durante el resto de la semana. El conserje me dijo que estaba enferma, así que no le di mayor importancia hasta que la vi aparecer el lunes siguiente, demacrada y tristísima, apoyada en un bastón que oscilaba bajo su peso titubeante. La ayudé a sentarse en su mesa y le llevé un café de la máquina, tal y como me pidió con un hilo de voz. El líquido caliente pareció tener sobre ella un efecto reparador, pues sus mejillas hundidas se encendieron y las arrugas de sus ojos se curvaron en un amago de sonrisa. Cogí una silla y me senté a su lado, dándome cuenta de pronto de que era una anciana. Le tendí la mano y la agarró con fuerza.

Entonces se dirigió a mí con voz profunda y supe que el resto de sus conversaciones conmigo habían sido solo superficiales. Al hablar me pareció que no conversaba solo conmigo, sino también consigo misma. Comenzó por su vida de estudiante.

—Sí, cuando era como tú...

Cuando era como yo Margaret solo tenía un objetivo en la vida: triunfar en la carrera científica. La ciencia era su pasión y aspiraba a convertirse en una de esas personas brillantes, de referencia, de las que todos hablan con admiración y respeto. Quería ser una pope, vaya, como decimos en el gremio. Para conseguirlo, Margaret hizo su tesis doctoral con el mejor director, colaboró con las mejores universidades, hizo un posdoctorado en el mejor destino. Consiguió becas, ayudas, premios, contratos... Pronto superó a su maestro, pronto dirigió tesis doctorales ella misma. Mientras hablaba me señalaba uno a uno los títulos y diplomas de su despacho, con un orgullo similar al de mi madre cuando enseñaba mi foto de la primera comunión.

—Esto ha sido mi vida y aquí encontraré la muerte.

Dijo estas palabras pausadamente, sin un atisbo de tristeza ni autocompasión. La miré sin comprender lo que quería decirme, apretando su mano entre las mías. Ella siguió hablando. Me contó que estaba enferma, muy enferma. ¿De qué? Pues de lo mismo que está enferma toda la gente de mi siglo: de cáncer. Me dijo que tenía un tumor en el peor sitio que puede imaginarse un científico: en el cerebro.

—Me niego a perder todo esto —siguió, señalándose la cabeza.

Se refería a que no quería someterse a cirugía. Tenía miedo de perder sus valiosos, sus preciados conocimientos. Quizá también alguna destreza básica para su labor, quizá la capacidad de escribir, cosa que le impediría seguir con sus artículos y libros, o peor, el habla, teniendo que renunciar así a tantas y tantas conferencias como le pedían que impartiera.

—Pero ¿qué dice su familia de todo esto?

¡Ah, la familia! No sé por qué extraño y anticuado mecanis-

mo cerebral al instante me arrepentí de la pregunta: asumí que si Margaret había llegado tan lejos en su carrera era imposible que le hubiese quedado tiempo para tener una familia. Pero estaba equivocada: la doctora Klein sí tenía familia, una gran familia, de hecho. Marido, cuatro hijos y siete nietos. Casi nada.

—Ellos deben seguir con sus vidas...

Me confesó entonces que había antepuesto su carrera a su familia. Se había casado con su novio de toda la vida, el doctor Jo (doctor médico, no como nosotras), quien se había ocupado casi por completo de la educación de sus hijos mientras ella iba de conferencia en conferencia, de viaje en viaje, de reunión en reunión, ganando prestigio a ojos de todos menos de sus propios hijos.

Me pareció que tenía la mirada húmeda mientras hablaba. Pero no mucho. Quizá nada, y yo, con mi primitiva manera de pensar, estaba convencida de que una mujer que ha descuidado a sus hijos tenía, por fuerza, que sentirse mal. Aunque, ¿por qué? ¿No había acaso cientos de hombres en la ciencia y en cualquier otro ámbito, popes como ella, que habían delegado totalmente el cuidado de sus hijos a sus mujeres? Ellos no se sentían mal, nadie esperaba que lo hicieran. Y al menos ella los había parido...

Sus hijos no vivían aquí (es decir, allí, en Seattle). Y cuando quise seguir preguntando, convencida de que alguno volvería estando su madre tan gravemente enferma, me cortó en seco. Ella tampoco pensaba moverse. Se quedaría allí, en la Universidad de Washington, trabajando hasta el último aliento.

—Y lo que quedará de mí serán mis libros y lo que habéis aprendido de mí mis estudiantes.

Me acarició la mejilla con un gesto afectuoso y me pidió, por favor, que la dejara sola. Cerré la puerta de su despacho

con un nudo en la garganta y, yo sí, con los ojos bañados en lágrimas.

En el tren de vuelta a casa di muchas vueltas a este tema, tantas como pueden darse en una hora de viaje renqueante en transporte público. Y no solo aquel día, sino todos los que le quedaban a mi estancia. Pensaba en Margaret Klein, con su apellido de soltera en EE.UU., una triunfadora impresionante, con cientos de artículos publicados, decenas de proyectos y tesis doctorales dirigidas, con tantos premios y reconocimientos. Pensaba en Margaret Klein y me la imaginaba envidiada por todos a su alrededor, todos queriendo ser tan grandes como ella, todos deseando parecersele. Pero también pensaba en Margaret Klein y la veía triste y sola, en un hotel en Budapest, en una conferencia en California, en un restaurante en Londres. Quizá no triste, quizá enfrascada en la lectura de sus correos electrónicos, aprovechando los ratitos a solas para revisar el artículo de un estudiante, para ponerse al día leyendo alguna *review*. Quizá no triste, pero sí sola, solísima. Sola también al volver a casa con su tumor en la cabeza, el doctor Jo leyendo en su butaca, con la asistenta haciendo la comida, pero ella, sola, respondiendo el mensaje de móvil diario de sus queridos hijos para los que siempre tiene una palabra en su discurso. Me la imaginé sola y quise dar la vuelta e irme con ella a su casa, pedirle que me adoptara hasta que se muriera, hacerle la vida más alegre.

Reflexioné mucho sobre la muerte los sesenta y dos días que me quedé en Seattle. Era inevitable hacerlo al verla llegar a su despacho, frágil como una pluma sobre su bastón, con la mirada afilada de inteligencia y los labios resecos por la noche sin dormir. A veces faltaba y su ausencia era peor que su presencia. Su ausencia me decía: ha muerto. Su ausencia me decía: tú también vas a morir. Entonces volvía a aparecer,

cada vez más gris, cada vez menos doctora Klein y más Margaret.

Llegó el día de irme y no quería. Supongo que era curiosidad morbosa, querer ver cómo se moría, o no sé cómo expresarlo, algo así como ganas de sentir lo que sea que fuera a sentir al saber que había muerto. La espera de la muerte era terrible, la certeza de la nada, el fin de un todo. Antes de llegar ya sabía que nunca volvería a Seattle y que mi último minuto allí con Margaret Klein sería sin duda el último que iba a pasar con ella. Pero entonces me di cuenta de lo que eso significaba: aquel último minuto juntas no era el último porque yo no fuera a volver a Seattle o porque ella no fuera a venir a España, tampoco porque no fuéramos a coincidir de nuevo en un congreso. No: era nuestro último minuto juntas porque eran sus últimos minutos de vida, sus últimos todos. Le quise dar un beso y un abrazo, pero me tendió la mano.

—Eres muy inteligente y trabajas bien. Sigue esforzándote, esfuéstrate al máximo, y llegarás hasta donde te propongas.

Lo dijo con una sonrisa, como si me estuviera dando la receta de la eterna felicidad.

Esfuerzo, esfuerzo, esfuerzo.

En el avión de vuelta solo podía pensar en esa palabra.

Madrid

Me preguntaba, ya en Madrid, si sería posible esforzarse toda la vida por algo y que realmente mereciera la pena el esfuerzo. O mejor, si había *algo* en el mundo por lo que *yo* quisiera esforzarme toda la vida. Tantísimo tiempo.

Después de esos meses de evasión, volver al trabajo, a la realidad, fue terrible. Aniquilada mi libertad, de nuevo sujeta a dar explicaciones, al compromiso de impartir clases y preparar prácticas, en definitiva, encadenada de nuevo a la mesa de mi despacho. No sé si lo comprendí aquellos primeros días tras volver de Seattle o si era algo que había sabido desde siempre, pero el caso es que resolví que aquella vida, la vida de Margaret, la vida de mi jefe, no era para mí.

A mi tesis doctoral aún le quedaba un año, así que podía posponer la decisión de abandonar hasta terminar la tesis. De esa forma no desilusionaría a mis padres ni dejaría tirado a mi jefe ni a mis compañeros. Así lo decidí para mí misma con una responsabilidad que me enorgulleció, pues siempre he sido muy de impulsos. Y me mantuve fiel a esta promesa secreta durante veintidós días, sin duda los días más felices que he pasado en la universidad, sabiendo que me iba, que era la recta final, que pronto sería libre.

Me hubiera gustado ser fiel a mi promesa hasta el final. Haberles ahorrado a mis padres el disgusto, a mi jefe el marrón, y a mis compañeros la tristeza. Pero no pude. No pude porque el día veintitrés nos llegó la noticia de la muerte de Margaret Klein. Me pasé el día escuchando grandes palabras sobre su trabajo, sus contribuciones y su inteligencia. Hasta mi jefe,

casi siempre bastante comedido, le dedicó unas palabras cariñosas. Cuando nos terminamos el café volvimos cada uno a nuestro despacho, arrastrando los pies. Delfi, mi mejor amiga y compañera de oficina, se puso a caminar a mi lado.

—Cuéntame, ¿cómo era Klein en realidad?

Delfi era buena, no de esa gente que se recrea ensañándose con las miserias de los demás. Con ella podía sincerarme. Le hablé de la frialdad de Margaret, de su soledad y de sus últimos meses enferma. Le conté mis miedos sobre el precio del éxito profesional.

—Siempre es igual para nosotras —murmuró Delfi cuando entramos en el despacho que compartíamos.

—Y para ellos, ¿no?

—Sí, también ellos tienen que sacrificar algo de su vida personal. Pero siempre es peor para nosotras.

Asentí en silencio mientras nos sentábamos cada una frente a nuestro ordenador. En mi cabeza escuché un clic: era el candado de los grilletes que me ataban a la mesa, cerrándose de nuevo.

Mientras Delfi trabajaba yo me puse a buscar en Internet. No sabría explicar qué busqué exactamente: algo así como «toma de decisiones» o «cómo tomar la opción correcta». El caso es que saltando de enlace a enlace llegué al método diez-diez-diez. Es una estrategia de toma de decisiones que te hace preguntarte cómo afectará tu decisión a tu vida a corto plazo (diez minutos), medio (diez meses) y largo plazo (diez años). Imaginé entonces el efecto de mi decisión de dejarlo todo («todo» aquí es la tesis) en mi vida inmediata, en diez minutos. Oh, era terrible: explicaciones, despedidas... De acuerdo, a corto plazo no compensaba. ¿Y a medio? Me vi a mí misma en diez meses, perdida, sin trabajo ni futuro, pero a lo mejor dueña de mi destino. Esta imagen me hizo sonreír y le di

un «sí» al medio plazo. Faltaba pensar en los siguientes diez años. ¿Cómo veía mi vida en los próximos diez años? ¿Seguiría pensando de la misma forma? ¿Me seguirían gustando las mismas cosas?

«Puede que estés muerta».

Eso es lo que me respondió mi cabeza cuando quise pensar en mí misma en diez años. «Puede que estés muerta», pensé, y tenía razón. Podría estarlo (es decir, podría no estar). Me imaginé entonces que la muerte me sorprendía de golpe sentada en aquella silla infernal, en aquel despacho que odiaba (no había sabido nunca hasta qué punto lo odiaba) y me levanté de un brinco.

—¿Qué pasa?

Delfi me miraba con curiosidad desde su mesa. Se había puesto las gafas de pasta y tenía un documento de Excel abarrotado de gráficas abierto en su ordenador. No quise preocuparla ni distraerla.

—Nada, me ha dado un calambre. —Volví a sentarme.

Delfi volvió a sus gráficas y yo intenté serenarme. Era una locura estar pensando que podía morirme repentinamente. ¡Claro que podía morir! ¡Todos podemos morirnos en cualquier momento! Y no por eso la gente deja de trabajar, ni renuncia a hacer planes a largo plazo.

Todo esto, que forma parte de la cultura de la sociedad en que vivimos, se me antojó ese día absolutamente estúpido. ¿Cómo podemos perder el tiempo haciendo cosas que odiamos cuando la vida es tan corta, cuando la muerte está tan cerca? Nos pasamos la vida preparándonos para el futuro sin preocuparnos del presente. Qué terrible realidad se me reveló entonces, qué angustia sentí al darme cuenta de que cuanto más vivía, más moría.

—Delfi, me marchó.

Me levanté y recogí mis cosas. Delfi no dejó de mirar ni un segundo la pantalla de su ordenador.

—¿Qué hora es?

—Las doce y media.

—¿A dónde vas, has dicho?

—A casa.

—Anda, ¿y eso? ¿Vas a comer con tus padres? —Mientras decía esto cambió los colores de un gráfico de barras, pero no le convencieron y volvió a la versión anterior.

—No, no. Me voy a casa y ya no vuelvo.

Al fin se dignó a volverse hacia mí. Sus ojos redondos tras sus gafas redondas me miraron sin comprender nada, con un deje de preocupación.

—¿Te encuentras mal?

—Sí.

—Vete, vete entonces, descansa. —Retomó su trabajo—. Esta tarde te escribo, nos vemos mañana.

«Lo dudo», quise contestarle, pero no pude hacerlo. Atrás dejé mis cuadernos, mis apuntes, mis libros, todos los documentos de la tesis en el ordenador y en el disco duro de seguridad. No quise ni pensar en llevarme nada. Solo cogí mi bolso y la tarjeta de cumpleaños que me había regalado Delfi el año anterior.

—Adiós, Delfi —dije ya en la puerta.

—Venga guapa, hasta mañana. —Y levantó la mano izquierda en señal de despedida mientras con la derecha modificaba uno de los gráficos del documento.

Salí de la facultad sin cruzarme con nadie y una vez fuera me dejé caer en el suelo, temblando. Nunca me había sentido tan impotente. Tan indefensa. Me considero una persona fuerte, valiente incluso; pero aquel día era débil y cobarde. Lloré por Margaret Klein y su vida vacía, lloré por mi propia

vida vacía, lloré por nuestras muertes. Al llegar a casa ya había tomado mi decisión.

Escribí un largo correo electrónico a mi jefe, pidiéndole perdón y explicándole que ya no me gustaba lo que estaba investigando y que por eso no podía terminar mi tesis doctoral. Lo envié a las cuatro y cinco minutos de la tarde, y a las cuatro y dieciséis mi jefe me estaba llamando. No cogí el teléfono ninguna de las cuatro veces que llamó. Dos horas después recibí un mensaje en el que intentaba convencerme de continuar la tesis, alabando mi inteligencia, mi esfuerzo, diciéndome que tenía futuro en la investigación, en la universidad, que lo pensara bien, que todo el mundo tiene bajones o malos momentos, que seguro que cambiaba de idea. Me ofrecía incluso una semana de vacaciones porque sí, para que me tomara mi tiempo para descansar y reflexionar. Leí el correo imaginándome su voz y solo podía llorar y llorar (y odio llorar). Salí de mi habitación con los ojos rojos y les conté a mis padres lo que había pasado. Ellos también pensaron que era una fase y quisieron apoyarme en el momento de tristeza. Hacerme pequeñita en los brazos de mi madre, llorar en su regazo, fue el único bálsamo a toda la tristeza que sentí ese día.

Pero pasaron las lágrimas, pasó la semana y no cambié de opinión. Mi decisión era incomprensible para todos los demás. ¿Por qué no esperar un año y tener un título más que sin duda me abriría las puertas a mejores trabajos? Delfi era la más obstinada con este argumento. No lograba hacerle entender nada.

—A ver, si yo tampoco quiero quedarme en la uni —me decía en uno de sus interminables audios de WhatsApp— pero, ya que nos hemos puesto, pues tenemos nuestro título, ¿no? Pero, a ver, ¿tan mal estás aquí? ¿Te has enfadado con alguien?

Es que no entiendo, tía, qué mierda te ha dado ahora con no acabar la tesis. ¿Me vas a dejar aquí plantada? ¡Te parecerá bonito!

Delfi era buena, pero tenía la extraña habilidad de convertir cualquier problema en un problema suyo, en algo personal. Supongo que era egoísta, aunque esa sea una palabra que no nos guste usar con la gente que queremos. Pero al margen del drama que suponía para *su* vida que yo abandonara la tesis, yo sabía de sobra que también se preocupaba por mí. Sin embargo, se preocupaba de una forma que hacía imposible que algún día pudiese comprender mis verdaderas razones. Ella no era una Margaret Klein (de hecho ha sido siempre muy «chapada a la antigua» para eso de casarse, tener niños y cuidar de su familia), pero tenía un elevadísimo sentido de la responsabilidad y el trabajo. También era una persona muy estable y pragmática, inalterable al paso del tiempo y reacia al cambio, con el mismo novio desde los diecisiete años y el mismo corte de pelo desde los seis. Cómo explicarle a esta persona, que era para mí como el ancla a tierra, que tenía que soltar amarras y dejarme ir para poder ser feliz de nuevo. No, Delfi nunca lo entendería. Por eso a ella no le dije la verdad. Perdóname, Delfi.

Tampoco se la dije a mi jefe, pues a él el motivo no le importaba una vez le quedó claro que mi decisión era irrevocable. Sé que me apreciaba como científica y como persona, pero tenía mil cosas en la cabeza y, como Margaret Klein, muy poco tiempo para nada más. Me deseó mucha suerte y, con la misma sinceridad (pero quizá con más ganas), me dijo que no dudara en volver si cambiaba de idea.

Quien a lo mejor podría haberme entendido (aunque no apoyado, claro) era tal vez mi padre, que es un hombre tranquilo, no demasiado emocional, sereno y callado. Mi padre

me habría escuchado, habría tratado de comprender mis razones, pero luego habría insistido en que abandonase mi proyecto. Además, acto seguido se lo habría ido a contar mi madre. Y mi madre, aunque es la mejor consejera que se puede pedir para casi todos los asuntos, no hubiera podido siquiera escuchar algo así sin ponerse a temblar. Su reacción podía ser impredecible: desde gritarme hasta llevarme a un psiquiátrico. No, era mejor que ninguno de los dos lo supiera, que ni lo sospecharan.

En resumen, que no se lo conté a nadie. La versión oficial de la historia era que me iba a conocer mundo y a encontrarme a mí misma. Muchos consideraron que era una tontería de niña mimada y que en cuanto viviera un mes sola volvería a casa con el rabo entre las piernas y me pondría a dar clases de mates en un colegio o algo similar. Otros, más profundos, o más cercanos a mí, me dijeron que era un viaje espiritual necesario que me vendría genial de cara al futuro. Mientras los demás veían en mi marcha un objetivo a largo plazo (volver, aprender), yo solo pensaba en estar en un sitio en el que no me importase que me alcanzara la muerte.

Y a donde pensaba ir podría ser feliz los próximos diez minutos. Los próximos diez meses.

Pero no los próximos diez años.

Porque en los próximos diez años podría estar muerta.

Y pensaba estarlo.

Esa había sido la decisión que había tomado: estar muerta dentro de diez años. Es terrible decirlo así, supongo, pero es la forma más clara de explicarlo. Me acosaba la idea de la muerte repentina, como ya os he dicho. Me preocupaba gastar mi tiempo en este mundo haciendo cosas que no me proporcionarían una felicidad inmediata. Así que mi primera idea fue dedicarme a hacer solo aquello que me hiciera instantánea-

mente feliz. El problema de llevar a cabo esta primera solución fue, de nuevo, pensar en la regla del diez-diez-diez. Si me dedicaba a hacer «nada» (entiéndase «nada productivo») hoy, ¿qué sería de mí dentro de diez años? Al pensar en el futuro mis acciones tenderían irremediablemente a tratar de conseguir una vida mejor para ese hipotético futuro, olvidándome de nuevo de esa premisa de disfrutar el presente. Pensé entonces que lo único que nos hace disfrutar de las cosas es verles un final. Saber que algo se acaba pronto nos hace querer aprovecharlo al máximo. ¿Por qué no hacer lo mismo con mi vida?

En mi generación (y supongo que en todas, en realidad) se llevaba mucho preguntar: «Si fueras a morir mañana, ¿qué harías hoy?», o derivados en los que te quedan uno, dos, tres meses de vida. A esa pregunta todos respondíamos con grandes planes e ilusiones: viajar, estar con mi familia y amigos, comer mi comida favorita, cosas de ese tipo. Luego, después de obligarte un rato a pensar sobre todo lo que querrías vivir antes de morirte, siempre venía la misma pregunta final: «¿Y por qué no haces todo eso aunque no te estés muriendo?».

Pues precisamente por eso: porque no nos estamos muriendo. Como no nos estamos muriendo no nos parece tan buena idea coger todo nuestro dinero y gastarlo en dos meses en un viaje alrededor del mundo. Como pensamos que seguiremos vivos a los sesenta y cinco nos preocupa trabajar y tener una pensión digna para esos años de jubilación. Justamente es la ausencia de la muerte (o su presencia tan lejana) lo que nos impide disfrutar realmente de la vida.

Bien, a esa conclusión llegué yo, pero mientras los demás os encogéis de hombros y seguís con vuestra rutina, yo no pude dejarlo estar. Y pensando y pensando supe que necesitaba una fecha de caducidad, un último día, para asegurarme de que el resto de días fuesen justo lo que yo quería que fue-

ran. Me puse una fecha al azar, en menos de diez años, antes de mis treinta y cinco, lejos de mi cumpleaños y de los de mi familia. Un día que no significara nada pero que a partir de ese instante se convirtió en todo para mí. El 4 de agosto.

El 4 de agosto (un 4 de agosto) me quitaría la vida.

Viviría, como máximo, otros siete años, hasta el 4 de agosto del año de mi treinta y tres cumpleaños. No creo en Dios, pero los treinta y tres tienen algo de ritual en nuestra cultura, como el paso a una nueva vida (aunque tampoco creo en la vida después de la muerte, claro). En cualquier caso, ese era mi plazo, mi día final en el mundo. Eso sí conseguía ser feliz, claro. Si no lo lograba, podría adelantarle a cualquier 4 de agosto. Quizá el próximo, en apenas once meses y unos días.

El cómo me agobiaba, debo reconocerlo. Soy miedica, ni siquiera monto en las montañas rusas más altas del parque de atracciones. Algunos finales épicos, como tirarse al tren o desde un quinto piso, estaban por tanto fuera de mi alcance. Recurrí, quizá por última vez, a la ciencia. Me envenenaría con pastillas para dormir. Me parecía una muerte suave y dulce, indolora e incolora.

Mi última noche en Madrid cenamos en mi casa con mis padres, mi tía, mi prima Eva y su marido Manu. Todos estaban alegres, deseándome suerte, mandándome al exilio con toda su buena voluntad, sin saber lo que el viaje (el último viaje) representaría en realidad para mí. Eva, mi prima, se sentaba a mi lado, como siempre. Las dos éramos hijas únicas y no teníamos más primas de la misma edad, así que siempre habíamos estado muy unidas. De niñas nos encantaba que nos dijeran que nos parecíamos y jugábamos a ser hermanas gemelas, pero el paso del tiempo nos había cambiado y transformado lo suficiente como para que ya no colara el

rollo de las gemelas. Mientras que yo seguía teniendo la misma cara redonda y aniñada de cuando éramos crías, la misma naricilla pequeña y chata, a Eva se le afinaron los rasgos y se le afiló la nariz. Sus ojos, grandes y verdes, nada tenían que ver con los míos, más pequeños y de un marrón indefinido que ella llamaba «color miel espesa» cuando quería decirme algo bonito. En las fotos de nuestra infancia lucíamos sendas melenas cortas de color castaño, idénticas, pero ahora Eva se había teñido de rubia y se había hecho la permanente y yo me había dejado crecer el pelo. Puede que ya no diéramos la impresión de ser ni siquiera de la misma familia, pero nos seguíamos queriendo como hermanas.

Eva era médica, experta en el aparato digestivo, y a veces (muchas veces) disfrutaba contándonos cosas desagradables que veía en el hospital (como describirnos un trozo de carne medio digerido que le sacaron a un tipo del esófago). En esas estaba en la última cena (como la bauticé internamente con ironía), cuando aproveché para preguntarle mis dudas.

—Evita, prima —la interrumpí en el momento más asqueroso del discurso—, ¿ha estado en vuestro hospital el tío este que se ha matado con una sierra?

—Joder, ¡mira que eres morbosilla! —me reprendió ella—. Pues no, creo que lo llevaron al Puerta.

—Hay que estar muy mal para hacer eso —dijo mi padre.

—Pobres padres —añadió mi madre, que en estos casos nunca piensa en el que se muere, sino en los que se quedan.

—Hacerlo así, metiendo la cabeza en una sierra en funcionamiento, me parece de locos —seguí.

—Hay gente que no da para más, tía —dijo Eva haciendo un gesto con las manos equivalente al clásico encogimiento de hombros.

Me preocupó que la frase de Eva pudiera dar por zanjado el tema, así que me lancé a la desesperada.

—Mejor con pastillas para dormir, ¿no?

—¡Pastillas para dormir! —exclamó ella, mirándome con el ceño fruncido—. Qué chorrada, vamos. La gente se piensa que eso te mata, pero no, para nada. Vas a dormir de puta madre, eso sí, pero en unas horitas, arriba, vivito y coleando.

—No jodas —murmuré, más para mí misma que para ella.

—Sí, tía, la gente no sabe, no se informa. Con lo fácil que es conseguir algo tóxico de verdad. El paracetamol, por ejemplo. Eso es veneno puro.

—¡Qué dices!

—Sí, sí. A ver, tampoco te rayes ahora, en pequeñas dosis, todo guay. Pero te tomas un par de cajas de eso y ya te digo yo que de esa no te despiertas. Además, sin dolor, todo muy efectivo. Añades unas pocas Dormidina y, ale, como nuevo.

—Ay, Eva, hija mía, deja de decir esas cosas —se quejó mi madre.

—Peor me parece lo del niño que se ahorcó en casa —dijo mi padre.

La conversación siguió con ese caso y derivó en temas diversos más o menos escabrosos, con toques de política internacional y algo de debate de Cataluña para animar el cotarro. En fin, la típica cena en una casa española. Todo normal, excepto que una de las personas sentadas a la mesa había tomado una nota mental de las pastillas necesarias para cometer un suicidio sin dolor. A las doce se fueron los invitados, que se despidieron de mí con muchos besos y pidiéndome que mandara miles de fotos y llamara a menudo. Mientras ayudaba a mis padres a recoger la mesa, ellos también me daban besos y abrazos, con un aire melancólico pero esperanzado, ignorando todas las cosas que pasaban por mi mente. Les de-

seé buenas noches como cualquier otro día, sintiéndome un poco traidora, indigna de ser su hija, pero al mismo tiempo libre.

Me fui de Madrid al día siguiente pensando en no volver jamás a mi ciudad. No habría para mí más vermutos en la Latina ni más domingos en el Rastro. Se acabarían los paseos por Tirso y las compras en Fuencarral. Ya no tendría que esconderme los días de fútbol para esquivar a los merengues, ya no sortearía cada día la vorágine de tiendas y vecinos ruidosos que unía mi casa con el metro de Cuatro Caminos. No, todo eso, todo ese Madrid (mi Madrid), se terminó para mí aquel día en Barajas. Me despedí del aire contaminado y solté una tímida lágrima al ver que Madrid se hacía pequeña desde la ventanilla del avión.

Y, ¿a dónde iba?

Al único sitio al que puede ir una desertora con ínfulas de novelista y tendencias suicidas.